

Domingo de la Transfiguración

Texto: Lucas 9:28-43

14 febrero 2010

¿Alguna vez has escalado una montaña? En ocasiones he tenido la oportunidad de subir un poco por el costado de un cerro, y me consta que cuesta mucho trabajo. Pero nunca he escalado completamente una montaña, ni he practicado el alpinismo. Tampoco conozco a gente que lo haya practicado, aunque sé que hay muchas personas que les gusta. Me imagino que lo que les atrae a ese deporte es el sentimiento de tener un reto muy grande, de estar debajo de la montaña viendo hacia arriba, viendo lo enorme que es la montaña, y pensar: “Voy a llegar hasta mero arriba. Voy a conquistar esta montaña.” Generalmente decimos que no hay nada en el mundo más grande que una montaña; por eso, escalar una montaña significa superar un reto que para muchos parece imposible. Por supuesto, a veces uno no alcanza la meta, y la montaña es la que gana; pero cuando alguien por fin llega a la cima, se ha de sentir muy bonito. Sólo me puedo imaginar el gusto y la emoción de mirar a su alrededor desde la cima de la montaña, viendo el paisaje tan hermoso y sintiendo que ha logrado una gran hazaña.

Nuestras lecturas de hoy nos hablan de subir una montaña. Las primeras dos nos recuerdan cuando Dios le dijo a Moisés que subiera la montaña para encontrarse con él allí, y para entregarle las tablas de piedra con los mandamientos de la ley. Nos dice que cuando bajó Moisés con las tablas, su rostro resplandecía, sin duda porque se había encontrado con Dios.

Y en el Evangelio, leemos acerca de otra montaña, que según el texto es una montaña muy alta: Jesús les dice a Pedro, Jacobo y Juan que suban la montaña con él. Ya que habían subido, de repente aparece Jesús transfigurado. Su rostro resplandecía como el sol, y su ropa se veía blanca como la luz. Sin duda, fue una experiencia inolvidable para ellos; jamás habían visto cosa semejante.

Aunque no practiquemos el alpinismo, todos nosotros tenemos nuestras montañas que escalar en la vida. Tenemos retos que enfrentar, obstáculos que superar, problemas que resolver que pesan sobre nuestro corazón. Puede ser la enfermedad de algún ser querido, la falta de empleo o dificultades en el trabajo, alguna limitación física, conflictos dentro del hogar, la escasez de recursos, un cuerpo en que se siente el peso de los años. Puede ser la ilusión de hacer algo en la vida, lograr cosas importantes, alcanzar metas que te has propuesto, o simplemente cuidar a los hijos o a otros seres queridos. Al ver estos retos, obstáculos y problemas que tienes que superar, te puedes sentir como la persona que está al pie de una montaña, mirando hacia arriba y pensando, “Pero, ¡qué enorme es esta montaña! ¿Cómo voy a alcanzar a subir?” Creo que es en estos contextos donde tenemos que tomar en serio las palabras de Jesús, pronunciadas a sus discípulos poco tiempo después de la transfiguración, “Si tuvieran fe como un grano de mostaza, dirían a esta montaña, Pásate de aquí para allá, y se pasaría; y nada les sería imposible.” Como decía Pablo, “Todo lo puedo en Cristo, que me fortalece.” Jesucristo nos da las fuerzas para lograr cosas y superar obstáculos que parecen imposibles.

Pero en la vida, no se trata solamente de escalar las montañas que *nosotros* hayamos elegido. En el caso de Moisés, Dios le dijo, “Sube aquí a *esta* montaña.” Lo mismo ocurrió con Jesús; fue él quien escogió la montaña a la que había que subir, y les dijo a los discípulos, “Suban aquí conmigo a *esta* montaña.” En ambos casos Dios no estaba arriba en la cima de *cualquier* montaña, esperando revelarse en una nube, sino nada más de *una*

montaña. Ni Moisés, ni Pedro, ni Juan, ni Jacobo escogieron la montaña a la que subieron para encontrarse con la gloriosa presencia de Dios; ésa la escogió Dios.

Para ti también, Dios tiene una montaña para escalar. Puede ser la misma que tú elegiste, o puede ser una que *no* elegiste. Pero así como Dios dijo a Moisés, y como Jesús le dijo a sus discípulos, Dios te dice, “Sube aquí a *esta* montaña.” Y quiere que subas por las mismas razones que quiso que Moisés, y luego los discípulos de Jesús subieran: primero, porque quiere encontrarte allí, quiere que veas su gloria y que contemples su rostro y el rostro de su Hijo, quiere estar presente en tu vida; y segundo, porque tiene una tarea para ti, una misión en la vida. Así como mandó a Moisés subir para que pudiera entregarle la ley al pueblo de Israel, y así como Jesús quiso que sus discípulos subieran para que después dieran testimonio de lo que habían visto en él, así Dios tiene una tarea que quiere cumplir en ti. Quiere que tú des testimonio, en tus palabras y hechos, de su gloria y poder, como lo que vieron los discípulos en Cristo ese día; y quiere que ayudes a otros a ver cuál es su voluntad y hacerla. Así como Dios te manda subir la montaña, también te manda bajar la montaña, para hacer lo que él quiere que hagas en la vida.

No es fácil ni subir, ni bajar. Al contrario, es bastante difícil. Hay muchos obstáculos, piedras, rocas, peñas, árboles. Al seguir a Jesús y subir la montaña que él tiene para ti, hay muchas cosas que tienes que enfrentar en la vida; y lo que hace más difícil el camino de subida es que, como él, tienes que ir cargando una cruz. Pero al seguir a Jesús, también te espera algo muy especial: ver la gloria de Dios en todo su esplendor. En esta vida, en parte; pero algún día, en toda su plenitud. Y como el alpinista que llega a la cima, te darás cuenta que todo tu esfuerzo no ha sido en vano, al contemplar la gloria de Dios.

¿Cuál es la montaña que Dios quiere que subas en tu vida? No la que tú escogiste, sino la que escogió Dios para ti. ¿Cuál es? ¿Adónde te está llamando, para que te encuentres con él, para que veas su gloria y la gloria de su Hijo Jesús, y para que te diga qué quiere él que hagas en la vida? Esa montaña a lo mejor te parece enorme, llena de piedras y obstáculos, imposible de escalar. Muchos te pueden creer incapaz de hacerlo. Pero no estás solo. Jesús va contigo, indicándote el camino como hizo con Pedro, Jacobo y Juan. Por eso, tú puedes. Todo lo puedes en Cristo, que te fortalece. Confiando en él, no hay nada imposible. Si Dios te pide algo, es porque sabe que, con él, lo puedes hacer.

Este miércoles es miércoles de ceniza, con el cual inicia la Cuaresma, un tiempo de reflexión y meditación, en que vemos qué tiene que cambiar en nuestra vida al tomar nuestra cruz y seguirle a Jesús. Es un buen momento para que te detengas y contemples tu vida, preguntándote qué quiere Dios de ti, cuál es la montaña que quiere que subas. Y una vez que sepas cuál es, es el momento para ponerte al pie de esa montaña y decir, “Voy a subir, y voy a conquistar esta montaña con todos sus obstáculos. Porque sé que lo puedo hacer, y sé quién es el que me espera arriba. Dios mismo, con su Hijo Jesucristo, resplandecientes de una gloria que algún día también va a ser mía.” No tengas miedo. Sube. Amén.